

Jean Cassou

Posición del intelectual frente al mundo



S tan sólo de rechazo o merced a ardides tales como las transacciones de la moda, del «snobismo», del «segundo oficio» o del periodismo, como el intelectual puede gozar de los bienes que la sociedad ofrece a quienes participan conscientemente en sus combinaciones. Mas su existencia, es un juego sin fin, y tal vez mañana sin dignidad. Ahora bien; él no posee, realmente, más que su propia existencia y es de ella, de sus azares, de sus experiencias, de sus amarguras, de donde saca su obra. Quien no posee más que su propia existencia es un proletario: a partir de ahora el intelectual sabe que se encuentra en las filas del dolor y del esfuerzo, no en las de la posesión. O bien acepta realizar tareas que la sociedad existente pueda pedirle para divertirla, entretenerla, confortarla, o justificar, por la fabricación de cualquier ideal espiritual, las empresas interesadas a que ella se dedica. En este caso el intelectual se convierte, más o menos conscientemente, más o menos cínicamente en un

«clerc» — hombre que, libre de los intereses temporales, sólo concibe el universo en función del universo — que traiciona.

Y, precisamente en el momento en que el intelectual se interroga de este modo, la sociedad existente le insta, le apremia para que traicione. Es que ha descubierto ella el peligro en que se encuentra, y, en un sobresalto pánico, quiere fortalecer sus bases, sus principios económicos y todas las superestructuras morales y económicas que esos principios entrañan. Mas la cultura, la gran tradición de cultura crítica y humana, que quiere hacer tornar al hombre a la tierra, libertado de sus temores espectrales, y descubrirle su condición verdadera y sus necesidades inmediatas, esa cultura desemboca a socavar aquellas superestructuras morales e ideológicas de la sociedad sobrecogida de miedo. Es por esto que el fascismo, que es el régimen que adopta una sociedad sobrecogida por el miedo, se manifiesta contra la cultura y quema los libros. El fascismo pretende detener el impulso del hombre hacia su porvenir, quiere traerle de nuevo a sus cuadros y a sus mitos, y todo cuanto es universal al fascismo se le antoja temible. Si estallara en Francia, quemaría a Montaigne y a Voltaire, desde luego, y también a Pascal, que exclamaba con risa socarrona: «¡Verdad aguende los Pirineos, error allende!» Porque Pascal, que era un sabio y un poeta, no podía refrenar la avidez de su genio por hallar una verdad valedera para todos los hombres. Era una verdad de este tipo lo que buscaba al hacer sus

experimentos de física en la torre de San Jaime, experimentos que un régimen fascista no podría tolerar, salvo si le pareciesen utilizables para la defensa nacional. Fascismo es lo que limita. ¿Qué atractivo, por lo tanto, podría ofrecer a un intelectual, siendo éste enemigo de los límites?

Lo que ocurre es que hay en el intelectual fatigas repentinas y una necesidad de tomar aliento en el calor de un grupo que le lisonjee. Para sentir estos nexos entre el pensamiento revolucionario y el pensamiento intelectual se requiere una tensión, una confianza, acaso un heroísmo, que no siempre es uno capaz de tener. Y precisamente el fascismo se presenta con la seductora apariencia del heroísmo. Pero ¿es heroico marchar en filas y romper los cristales en las tiendas de los judíos? Hay que decirlo y repetirlo: pensar revolucionariamente es pensar aristocráticamente, porque es pensar lo mejor. En cambio, pensar y sentir fascistamente, es pensar y sentir como la masa.

La masa no existe en cuanto clase constituida. Mas la menor circunstancia puede suscitarla. Está dispersa, como el polvo, del cual el viento puede hacer una tolvanera. Ella es la que está virtualmente dispuesta al fascismo, y es a ella a quien el intelectual, cansado de su esfuerzo, hastiado de su dura y magnífica condición, llama con sus anhelos para descansar cerca de ella, de su fatiga. De ahí esos métodos religiosos que emplea el fascismo, y que repiten los del Islam: la chusma se estremece de alegría al pensar que ya no se moverá,

que no se transformará, que permanecerá en el estado en que se encuentra, estado que un filósofo ha definido como el de las «sociedades cerradas», en oposición a las sociedades abiertas, y que es el estado para siempre definitivo de los termites u hormigas blancas. Y cada uno de los individuos que componen el grupo así fijado olvida sus necesidades reales, sus intereses inmediatos, porque recibe a cambio de ello abundante alimento intelectual: se le dan fiestas y desfiles, su envidia puede ejercitarse sobre los libros, su inferioridad puede elevarse hasta la imagen sacrosanta del jefe, en la que cree encontrarse. Pero entonces es preciso que sepa claramente qué camino ha escogido. Nacido para el pensamiento más elevado y la acción más grande, ha aceptado menguar y encogerse: es menester que lo confiese así. Debía ser el compañero y la conciencia de las masas que despiertan a la vida y reclama, no ya su parte en el mundo, sino el mundo entero. Porque sólo ellas podrán transformarlo. Las ha abandonado en el camino y ha rechazado el mundo.